

# Ejecución del general José María Barreiro

Florentino González

Yo, a pesar de la repugnancia de mi madre, senté plaza como aspirante en el batallón Cazadores de vanguardia, y estuve haciendo el servicio, ignorándolo mi familia durante un mes, pues me era permitido comer y dormir en casa, y cuando me tocaba la guardia podía escoger la hora de hacer mi servicio, y solo tomaba el uniforme en el cuartel. Estas excepciones, de que gozaba como cadete, cesaron con el motivo que voy a indicar.

Mi batallón estaba encargado de la custodia de los treinta y nueve jefes y oficiales prisioneros en Boyacá, a quienes varias veces hice la guardia. El general Bolívar había procurado canjearlos por varios de los patriotas que estaban en poder de los españoles; mas el virrey Sámano rehusó constantemente sus propuestas, resuelto a continuar la guerra a muerte que se hacía desde que empezó la lucha por la independencia. En el estado de duda en que nos encontrábamos respecto del éxito final de las operaciones militares que se habían emprendido, y careciendo de fuerzas suficientes para mantener una guarnición respetable en la capital, aquellos prisioneros eran un embarazo muy grande para el gobierno. Ellos, además, valiéndose de algunas relaciones que conservaban, de las muchas que habían formado en la capital en la época de su buena fortuna, tramaban, según se dijo, algún movimiento, o por lo menos proyectaban fugarse. El general Santander, en un manifiesto que publicó sobre la ejecución de estos oficiales, ha explicado largamente las causas y motivos que dieron lugar a este deplorable suceso. Remito, pues, a él a mis lectores, y continuaré lo que me toca.

A principios de octubre, recibieron todos los cuerpos de la guarnición la orden de

mantenerse acuartelados y sobre las armas, hasta ulterior disposición. Permanecimos, pues, encerrados durante dos días. Al amanecer del tercero, vi formada, frente al cuartel de mi batallón, una compañía del batallón Barcelona, después Granaderos, a la cual se le mandó cargar con bala. Vi al mismo tiempo formar cuadro en la plaza a los cuerpos militares, y al jefe de Estado Mayor, coronel Manuel Manrique, después general, presentarse a la puerta de mi cuartel acompañado de varios religiosos, y desde luego sospeché la catástrofe sangrienta que íbamos a presenciar aquel día. El coronel Manrique previno al oficial de guardia lo condujese a donde estaban los presos; algunos de ellos descansaban todavía en su cama, y no sabían que había de ser por la última vez. Desde luego, el primer calabozo a donde llegó fue al en que se hallaba el general Barreiro, los coroneles Jiménez y Galluso, y algunos otros oficiales superiores. Yo abrí la puerta, y el coronel Manrique, después de saludarlos cortésmente, les manifestó el extremo sentimiento que experimentaba de ser el órgano para anunciarles que debían prepararse para morir dentro de dos horas. El general Barreiro y el coronel Jiménez recibieron tal intimación sin demudarse, y el primero, con la sonrisa en los labios, aun tuvo la presencia de ánimo de dirigir algunos cumplimientos al coronel Manrique, y mantener con él una ligera conversación. Barreiro había sido decente y humano en su conducta, y no era aborrecido como los demás expedicionarios.

La funesta intimación se repitió a todos los otros prisioneros, y a la media hora se veía en el cuartel el espectáculo triste de treinta y nueve individuos que se despedían de la vida en los brazos de otros tantos sacerdotes. Yo

fui llamado a la formación de la plaza frente al lugar de la ejecución, y allí tuve la desgracia y funesta obligación de presenciar el sacrificio de treinta y nueve hombres, a quienes se inmolaba en represalia de la carnicería, que la política absurda y cruel de Fernando VII decretó contra los patriotas. Esta es la última vez que he visto fusilar a un hombre, y no hay un día de mi vida en que no recuerde con horror aquella escena de sangre, y en que no se representen en mi imaginación las agonías de las víctimas.

Ahora, a veinticinco años de distancia de aquel suceso (en 1844) y cuando la paz y la civilización han humanizado los corazones, nadie sospechará que aquel no fue un día de luto y lágrimas en Bogotá. ¡Ah! no: aquellos desgraciados, no oyeron un sollozo que los compadeciera. Cánticos de alegría y vivas a la libertad acompañaban las descargas de los fusiles. La población entera de Bogotá estaba apiñada en la plaza y calles adyacentes, y agravaba la agonía de los moribundos con señales inequívocas de placer. ¡Así el fanatismo político había

pervertido los sentimientos, y el recuerdo de las crueldades de aquellos hombres había enconado el corazón! Yo también participé de aquel rencor insensato, que la guerra a muerte había nutrido en todos los pechos. Hoy no me queda sino el pesar de haber estado poseído un día de tan funestas pasiones. Pero, ¿quién en medio de las discordias civiles, puede liasonjearse de no verse al fin de ellas más o menos salpicado de sangre?

**Florentino González** (José Nazario Florentino González Vargas) nació en Cincelada, Santander, en 1805 y murió en Buenos Aires, Argentina, en 1874. Fue político, periodista y docente. El texto aquí publicado fue tomado de Melo, J. O. *Documentos de historia de Colombia V: La formación de la República de Colombia 1819-1830*, pp. 84-86, en línea: [https://www.academia.edu/39745162/DOCUMENTOS\\_DE\\_HISTORIA\\_DE\\_COLOMBIA\\_V\\_LA\\_FORMACION\\_DE\\_LA\\_REPUBLICA\\_DE\\_COLOMBIA\\_1819-1830](https://www.academia.edu/39745162/DOCUMENTOS_DE_HISTORIA_DE_COLOMBIA_V_LA_FORMACION_DE_LA_REPUBLICA_DE_COLOMBIA_1819-1830).

## Representaciones de una nación emergente: el arte pictórico de los viajeros en la Nueva Granada

Andrea Martínez

Las guerras de Independencia en la Nueva Granada retrasaron la llegada de un buen número de extranjeros. Solo a partir de la década de los años veinte del siglo XIX algunos viajeros –motivados por la riqueza aurífera– se atrevieron a recorrer abruptos caminos a lomo de mula o de silletero. Distintas fueron las primeras impresiones de aquellos visitantes: unos consignaron su asombro ante la imponentia del paisaje y la magnitud de una tierra exótica y plena de recursos, mientras otros contemplaron



Joseph Brown, Escena de caza (sin título). s. f., acuarela, 29 x 46 cm